

Estafadores Blancos de Manchas Rubí

Nolram



Capítulo 1

Epílogo

Uno de los errores más grandes que puedo tener como autor, es el no saber cómo comenzar una historia, es el punto clave donde comprometo mi mente en un largo entramado literario, de letras y símbolos que se conjugan de vastas maneras para entretener y comunicar mi mensaje, con supuestos simbólicos, reales e imaginarios, donde el inicio termina siendo el primer impulso para proseguir y no darlo por un esfuerzo inútil.

A través de este cuento se narrarán historias que no tienen conclusión fija en estas mismas páginas, que ahora la relatan, sino, que será detonante para un microverso alejado de la gran Buenos Aires y sus entramados sociales, como me he dedicado en este último tiempo. Y he decidido que sea la cultura asiática aquella que dé el primer empujoncito, dado que su radicalidad, brindó muchos éxitos y méritos que también son opacados por sus constantes violaciones al derecho intrínseco de toda forma de vida a vivir, o aunque sea, morir dignamente.

Debido a ello y como un intento apoteósico para mí, les invito a iniciar desde la raíz del árbol madre de todo el meollo.

Capítulo 2

I

Oni con garrote de hierro

Un chisme empezó a moverse a través del mismo viento, con su fuerza era capaz de deshacer en hebras al bambusa más prominente de Arashiyama, escabulléndose entre pueblos cual los vientos de Fujin, así mismo cada campo de arroz, inundados en charcas como cristal celestino, solo supieron seguir comunicando el mensaje como una fatalidad inminente que debe ser sabida a toda cosa. Los ladrillos, maderas y tejidos de bambú de cada arrozal temblaron, dado su origen, era esperable, ese terremoto impetuoso abarcó con su expansión a toda la isla de Kyushu.

Solo las más selectas élites militares de guerreros, más no comandancia, a punta de nihonshu emborracharon. Rápidamente aquel combustible para el alma restó como escasas gotas, sobre el humor vítreo verdoso de las botellas, aún parados, tambaleándose en la cantina nocturna, emprendieron retirada táctica hasta la guarnición y con lo saqueado en Kioto, quemaron dulcemente sus lenguas y gargantas con nihonshu namazake, el sake sin pasteurizar. Dentro del salón las cabezas de sus enemigos reposan con muecas extrañas y los dientes pintados con tinta china, es donde han preferido ponerse a beber a altas horas de la noche, cuando la servidumbre ni los militares se acercan. Las cabezas huelen a incienso y hierbas aromáticas, los guerreros en vida las encendían dentro de sus pesados yelmos, para que el olor fuese más agradable posterior a su decapitación, a la cabeza cortada se la aromatiza y también se le da de comer como si participase de la cena, a la del general, todavía le cuelgan las algas entre los dientes. Según dice el mito, si las cabezas cortadas sobre las tablas de píceas tienen los ojos mirando al cielo, se presagia mala suerte, entonces, ellos les bajan los ojos con los dedos, tocándoles los globos oculares reseco algunos por la sal y otros arrugados pero todavía húmedos, para hacer temblar del miedo a los supersticiosos y niños. Los guerreros vivos fueron quienes arrugaron sus rostros con extrañas muecas, la total falta de destilación hizo que aquel saqueado y delicioso sake, ahora sea una vinagreta de arroz.

En Ezochi, a cientos de kilómetros, un grupejo de especial elite festejó, usó el opio que robaron del contrabando desde China, en la envolvente noche, tras los cerezos inmaduros del santuario en honor a Hachiman. Todavía obnubilados por el concentrado de amapola, dispararon flechas

incendiarias en honor al nacimiento del futuro gran samurái que conocerá todo Japón. Una de esas flechas dio con una pobre cabaña de bambú a la ladera de un monte colmado con ezomatsu, emprendieron la huida adormecidos, así escaparon de las represalias de los superiores por su mala conducta. Uno de los veteranos se puso a llorar, su general le enteró sobre su arrasada aldea a muchos kilómetros de donde él está, imaginó los alaridos guturales de su familia entre los filos y los fuegos que todo lo acaban, apoyando su rostro sobre la escuálida e ilesa espada de su amante, un guerrero de bacinilla a su cargo, de apenas quince años. Su fuego del placer se amaina con amoríos, a veces con recios soldados como él, pero, con ellos jamás podrá despechar su corazón partido, eso deben soportar todo lo que puedan a oscuras de quienes cuidan sus espaldas en combate. Quien sabe, si el recién nacido, sea uno de los héroes que al fin, traigan la paz y concluya este sanguinario y trágico periodo Sengoku.

Solo un revés siniestro en aquel rumor celebre, acompañante del buen presagio, traía consigo gran desgracia: El recién nacido hijo del clan Sagimeiyō, ha sido maldecido por un oni vil de las montañas, apodado "Yama no Akuma", demonio de las montañas, por aquellos que descubrieron sus grotescos banquetes, cuando descendía hacia un pequeño pueblo portual al sudoeste de Kyushu para usurpar el ganado y las cosechas. Los campesinos que le veían a lo lejos describen que porta un gran garrote, sus pasos hacían temblar el suelo de un pisotón, su don natural se ve en una marca detrás de su espalda, que solo los muertos y dos vivos han podido ver, el kanji del fuego, leído como Hi. Ha robado las magias de otras bestias míticas, dragones, humanos, suzakus, kitsunes, kappas y usurpó a una sacerdotisa del templo de Amaterasu en el poblado, el don de comunicarse y emular a los animales, se desvanece como un zorro entre los bosques con todo el ganado robado y forma un grotesco mejunje con el arroz, metido y embadurnándose dentro de su insaciable estómago. Solo dos guerreros sobrevivieron para contarlo, el menos afortunado perdió uno de sus brazos tras ser golpeado, del fuerte impacto cayó desde un precipicio hacia el mar, narra, cuál máquina: Tenía anillos con joyas brillantes como centellas, sus aretes que cuelgan desde sus prominentes orejas y su nariz, componían armaduras partidas y adheridas con rudimental técnica su vestimenta. Sus víctimas, a quienes partía en pedazos sin piedad para luego comérselos, eran encontradas regadas sobre los helechos, contamina el agua con la miasma de los cuerpos desperdigados por cada rincón donde posa sus garras, los arboles astillados y bañados en sangre, eran postales de combate que hacían temblar hasta al más valiente.

El demonio de las montañas quiso tomar venganza sobre el líder del clan Sagimeiyō, Dairogu, quien fue el único humano capaz de herirle, dejándole tuerto de por vida con su espada milenaria agrietada por donde se rompió haría, unos cuatrocientos años, fue una de las crías del dragón divino Ryujin, un seiryū al que llamaron enojado por la insolencia de los hombres, que no cumplían con los rituales y sacrificios en su honor, al

recién nacido poblado sin recursos para sacrificar atacó con sus gemas divinas, similares a la de su padre. Fue vencido por la espada sin filo del primer líder del clan, Uuri. Honró su proeza y valentía poseyendo la espada y volvió a formarla de nuevo, ahora con su alma dentro. Le otorgó un filo que a la misma agua podía cortar y al fuego podía rebanar en fetas como sashimi sin mellarse, solo tenía una condición, una vez desenfundada debe dar muerte, no acabar con un enemigo hace enojar el alma del dragón y se cobrará el alma de su portador, pagando con su vida el deshonor.

Aquel oni vengativo juega con su garrote, partiendo rocas para crear avalanchas que arrasen los poblados pequeños. Regurgita de tanto devorar casas a medio comer, personas, animales y árboles y lustra sus joyas robadas con la sangre de los pollos, dado que su olor seduce sus instintos más bajos. Desde las montañas es capaz de escuchar hasta el aleteo de un katchimushi sobre el mar, conocido como libélula, advenimiento de su deseada victoria. Sus alaridos salvajes hechizan a los animales, con un solo grito ensordecedor desde la punta más alta del monte Aso, doma sin caérsele las alhajas al más salvaje caballo. Se mantiene a la espera con su rencor emanando y derritiendo la misma nieve, le habló al oído una paloma con un mensaje. Dairogu está batallando al noreste, en Uedahara se enfrenta a las tropas del señor de la guerra Takeda Shingen en nombre de Murakami Yoshikiyo, quien busca unificar aquellos territorios a su feudo. Debido a la distancia, no podrá retornar hasta la caída del séptimo sol, ni aunque sus caballos fuesen alimentados con el mismo rayo. Con una sonrisa malévola que deja ver sus enormes y amarillentos dientes de jabalí, desciende de las montañas directamente hacia donde habita ancestralmente el clan Sagimeiyō, en las afueras de la ciudad portuaria.

Inundó los pozos de agua con los frutos del Jimenju Yopparai , una variedad del árbol que da frutos con forma de cabeza humana, capaces de reírse hasta caerse, pero este, es capaz de emborrachar tan rápido como mil litros de sake con solo una gota de astringente y viscosa pulpa. Cada poblador de la villa de los Sagimeiyō cayó dormido bajo el efecto del fruto con forma de cabeza, las edificaciones no podrían hacer frente a aquel bestial demonio, esta fortaleza no era un yamashiro, un castillo en la montaña aislaría al clan de su fuerte entrega a los más desfavorecidos, aquellos ultrajados por la gruesa laceración de la guerra entre clanes. Por el contrario habitan un shoin fortalecido, clásicas salas de audiencia donde los señores feudales atienden a la servidumbre, las paredes eran muros de roca, para darle rigidez a su hogar. Estas bajas defensas, serán para suerte del oni una gran ventaja, consumido por la ira subiría hasta el cuarto matrimonial por la puerta principal, aplastando las cabezas de quienes desmayados yacían frente a sus pies, evitó todas las trampas para los ninjas como una zarigüeya y cual búho eludió hacer hasta el más mínimo sonido con sus grandes manos y pies. Nadie logró imaginar, que tras el bello silencio dado por los bambúes y el viento de la medianoche,

estaría emanando vapor desde sus fosas la más grande de las bestias frente a la adormitada esposa de Dairogu, cortando los biombos que servían a Hinoki como privacidad, ella estaba hinchada en su vientre, dormía boca arriba. Se le acercó con sus ojos vueltos fuego y su espada forjada para este momento, con solo rozar el suelo abría grietas en él, aquel cuarto era un horno de barro repleto de carbón, un incendio de fuego azul que calcinaría a toda vida dentro, los sellos y mantras que rodean el cuarto salvarían la vida de Hinoki, pero ningún sello purificador era capaz de frenar el negro corazón de Yama no Akuma. Se despertó con terror cuando escuchó el filo de la espada desgarrar el suelo, quiso huir, pero su vientre no le permitiría alejarse demasiado, hasta que el oni le tomó. Hinoki fue desnudada mientras desesperadamente pataleaba gritando su mantra para así, disipar el mal, pero aquel mounstro era imbatible. Con su espada punteaba desde el aire cada músculo y hueso de la mujer preñada, ha visto a los humanos separar al pollo en más de veinte piezas, ha calculado a ojímetro con prueba y error, que a un humano puede separarlo en más de 50 piezas usando la finura de su filo, apoyado por el pulso de una grulla. Pero, como es una mujer embarazada, calcula que podrían ser más 80 contando al pequeño niño en formación.

Por fuera de la ventana de aquel infernal cuarto, colgó misteriosamente la cabeza de un cerdo, la luz de la luna anaranjada transformó su piel en naranja brillante, aquel bárbaro oni no pudo frenar su instinto animal y quiso comérsela, solo pudo mordisquear el filo de la katana Muteki con sus enormes dientes de jabalí. Dairogu, regresó antes de lo esperado, la desaparición inminente de su linaje fue comunicada a través de sueños astrales con Uuri y los ancenstros. Sintió con su tercer ojo que el peligro era inmediato, así pudo atinarle a su enemigo sin necesidad de verle, la piel de un oni, es completamente inmune a las espadas ya que es robusta como las rocas que traga para saciar su inconmensurable hambre, pero desde dentro, es como la carne de cualquier animal. Antes de darse por muerto, alcanzó a tocar con su gigantesca garra derecha aquel vientre con vida en gestación dentro de Hinoki, usando su último respiro, impuso un sello maldito dentro de él, un sello débil que solo surte efecto en animales y humanos débiles, el sello de su espalda se movió lentamente en forma de llama azul hasta sus dedos, en su lugar se dibujó los kanjis del infierno, Yomi, con una llama más intensa de color blanco. En el vientre de Hinoki se volcó el sello del oni, fundiéndose dentro de ella haciéndole desmayar, no podrá quitarse sino por el mismo que lo impuso, él moriría rápidamente, así nadie podría quitarlo jamás. El alma del oni vivirá dentro del futuro heredero, a cambio, su consciencia será torturada en el infierno por la eternidad hasta la muerte del humano maldito, donde su alma demoniaca se reencontrará con su mente para recibir su castigo "Será tu hijo quien pague por tu osadía, Dairogu ¡En todos los rincones del mundo será un mounstro, hasta el fin de sus días!", su alma consumida por el odio consumiría el inocente alma del niño. A pesar de ser un gran guerrero, Dairogu no poseía suficiente poder mágico para poder deshacer el maleficio. Pasaron los días y los meses, nadie supo cómo finiquitar el

maleficio, Hinoki sentía como el fuego ardiente de aquel sello hervía su estómago, el niño pateaba como un descocado desde dentro.

Los muertos de aquel día para el eterno recuerdo, fueron enterrados solemnemente en el cementerio familiar de los Sagimeiyō.

Hinoki siguió pronunciando su mantra durante tres días y tres noches, todos pensaban que había perdido la cabeza, pero Dairogu confió en su cometido. Su constancia, pudo remover solo la mitad del maleficio, por unos instantes, Dairogu atento a este momento ansiado, puso su espada enfundada sobre el vientre de Hinoki, el tiempo duró como el vuelo de un kabutomushi, reemplazó con sus manos tersas la mitad del sello con un hechizo blanco de transferencia, para contrarrestar la ruin consciencia de Yama no Akuma, trasladó con sus tersas manos la mitad del alma del dragón azul que vivía dentro de la espada de Dairogu, perdiendo para siempre su filo implacable.

Aquel niño, llevó un parto de 9 días y 9 noches, cuando salió finalmente tenía la piel tersa, no parpadeó, su pelo se mantuvo negro profundo sin luz alguna como un vórtice que todo lo comía. Uno de sus ojos era azul como el celeste mar y otro rojo como las llamas del profundo infierno, la dualidad que marcará la vida de su primogénito, así su madre decidió, aún si nueve días de letargo, los espasmos y el líquido amniótico a viva presión saliendo de su útero le desmayaban, que su hijo varón se llamaría Noroime, "El de los Ojos Malditos". Fue esta cualidad tan misteriosa de su heredero la que permitió que este chisme se volviese mito dentro de los arrozales y los santuarios. No podía controlar su propio poder, todo quien lo veía temblaba y envejecía en unos pocos días, los cerezos se volvían rosas y luego negros apenas él les miraba con sus ojos curiosos, solo podían mirarlo los dotados con conocimiento mágico, como su familia, los sacerdotes y sacerdotisas, hechiceros y bestias mitológicas. Todos se mantenían alejados de él, expandiendo el rumor. Tal increíble historia retumbó tras las grandes murallas, temerosos de que la combinación nacida de una maldición entre la bestialidad de un ogro, la sabiduría de un dragón y la voluntad de un hombre pudiese existir, sin estas cualidades fisiológicas tan extrañas, nadie podría creerse una explicación narrada como un mito, colmada de tanta fantasía como está.

Porque, realmente, Dairogu no ha matado a ningún ogro, lo más cercano a ello son las máscaras que guardan en cajones para los festivales de verano, no existe el alma de ningún dragón viviendo en una espada ni dentro de Noroime, aquella magia nunca existió. Por menos hubo algún maleficio impuesto por un ogro malvado sobre su hijo, cuando este se hizo algo mayor, se subieron de incógnito solamente Dairogu y su mujer a un caballo con el niño en medio, calentaron un hierro caliente sobre una fogata improvisada en la madrugada como si fuese para una yerra, sentaron al niño en lo más profundo del bosque de bambúes, le dieron un palito para morder y con el hierro marcaron su espalda, este sello se

compuso con la mitad del sello del ogro y la otra del sello del dragón.

Hinoki solo repite mantras para calmar su eterno mal humor, por los escaqueos amorosos de su marido con sus compañeros de combate, no deshizo ningún sello maldito. Su linaje entero, en sí mismo, está compuesto por guerreros de habilidades impresionantes, pero traumatizados generacionalmente por la guerra y sus remanentes, superiores a cualquier maleficio sintoísta. Este heredero, con sus extrañas cualidades, traerá permanencia al legado del clan Sagimeiyō, que sin superar a algún emperador, son el linaje de estafadores y mentirosos más grandes de todo Japón.

Capítulo 3

Takashiganis, sus cripsis crueles y viscerales compuestas de otros animales, trozos inmundos de carne en putrefacción son su defensa ante el violento mundo que les rodea. Los hombres en diferencia, usan armaduras que les defienden de las armas enemigas, a su vez, estos no se dejan aplastar, y forjan sus herramientas de muerte que logren atravesar aquellas defensas. Redoblan en consecuencia los esfuerzos en post de sobrevivir, se desarrollan armaduras más resistentes y cíclicamente se repite este vicioso espectáculo, hasta que las armaduras agrieten la tierra y las espadas alcancen el metro de largo. Los cangrejos sienten perturbaciones en el agua y se alejan de ellas despavoridos defendiendo cada uno la propia vida. Pasó por su anterior senda una gran sombra flotante en la superficie, la muerte era imposible si solamente se movían un poco hacia cercanas cuevas submarinas, pero todo animal salvaje preserva su vida ya que nada más que ella tiene para constatar su existencia.

La sombra, atracó en el puerto de Saga, es un barco de comercio emanante de un vaho inundo a pescado. Desembarca toda su tripulación, comerciantes con productos básicos, como comida, madera y metales para la forja y algún que otro pirata infiltrado. Sin excepción debe serse cerciorado por el personal del puerto e ingresar con el documento que habilite los recorridos a través de los puertos habilitados, los viajeros sobornan inevitablemente a quienes pretenden registrarles, ya que pocas personas versan de tal capacidad para viajar con documentos. No todos los guerreros traían consigo sus permisos, pero si sus insignias, las oficiales y sus armaduras, con ello les alcanzó para pasar sin rendir cuentas a nadie. Llamaron la atención tres portugueses que desembarcaban por primera vez en Japón, en lugar de hacerlo en Nagasaki, lo hicieron en Saga, una de ellos tenía los ojos celestes y el cabello castaño, un corsé marrón y larga falda blanca, detrás de ella había un hombre quizás japonés, con un parche. Delante de ellos salen con prioridad al paso los militares de la campaña en Corea, dos siete fuera de su tierra y el recibimiento no es efusivo ni feliz, solo un refrán "Ahí llegó el Escuadrón Haisha, prometieron salmón coreano y trajeron kusaya", dado el fracaso que traen desde que anunciaron su regreso sin gloria, tras la muerte del emperador a quien debieron dar su vida en Corea y no volver jamás por su honor, hizo que la gente les haya inventado todo tipo de epítetos. Partieron de Busan y del puerto coreano del cual han partido hay menos de ciento sesenta y una millas náuticas, dato irrelevante, dado que aquellos hombres de guerra parecen haber cruzado el mar japonés a patadas y brazadas, cargando sus armaduras, sus espadas y sus barriles

en la espalda. Solamente una figura solemne se mantuvo erguida, pese al recibimiento lúgubre de la población quienes no se manifestaron.

Dejó la armadura ceremonial en su caja de madera. Esta que vestía traía sangre seca sobre ella, perforaciones de flechas, espadas y rajaduras alrededor del peto, o Do, cada segmento escamoso estaba visiblemente desgastado y roto. Su kabuto relucía, siempre con la frente en alto es el mensaje, solo quedó un cuerno mientras el otro se materializó como aire, partido y sin terminación alguna, le dio a su aspecto de combate cruento que han librado en honor a su patria, guerrero y mente deben ser antítesis, uno debe estar devastado por haber entregado todo en combate, mientras el otro debe mantenerse en alto. Si algún barco militar del imperio atracase en ese mismo instante, sería la primera en subirse con su barril sin importar a que frente fuese, todo sea por Toyotomi Hideyoshi, quien ha muerto fatídicamente y la de su linaje entero que han unificado en prosperidad a Japón. Especialmente a ella le recoge un encomendado del clan Nabeshima, pero antes, se asegura rigurosamente del camino a emprender por cada samurái, esta parsimonia hizo esperar al pobre lacayo una hora y media erguido, entumecido en el muelle distrayéndose con los barcos que atracaban y emprendían la mar de nuevo siguiendo la ruta hacia China. Cuando hasta su aguatero se despidió, fue que atendió al servil, emprendieron su regreso directo con su esposo, el caballo chapoteaba por la ciudad, sus herraduras resonaron en los pequeños pozos de las calles de Saga y su carroza portuguesa estuvo cerca de volcarse en las curvas cerradas. A su alrededor otros potros y caballos viejos contrastaban con miseria, traían el lastre de carrozas improvisadas cargadas con metales para fundir, madera para tallar, muebles caducos y familias enteras que revuelven en la basura, aquellos portadores del morbo chino emulan, zapateando el suelo lánguidos hasta algún lugar sin definir, así mismo los artesanos y constructores no cesaban de recorrer la ciudad en busca de un nuevo trabajo. Los veteranos de guerra le veían anonadados, otros volaban por el sake, quizás por el opio, o sus esfuerzos por atender fuera del campo de combate no son suficientes todavía.

Pasaron la guardia que da paso dentro de la gran muralla que guarnece a la ciudadela, resguarda eficientemente al clan Nabeshima de sus enemigos; otros señores feudales, el pueblo o extranjeros, jura el patriarca que algún día los citados se unirán en un solo ejército e intentarán arrasar con su clan en un acto de venganza.

Katsushige Nabeshima habita en un páramo que pertenecía al anterior daimyo, un lugar ideal para criar hijos lejos de la presión de la sede donde se construye el futuro gran castillo. El sirviente descendió del caballo con la carga de la guerrera, ella se negó rotundamente y se los arrebató de las manos, cargó la bolsa con sus cosas personales y un barril hasta dentro del shoin, la escalinata temblaba y transmitía toda la vibración metálica de sus pies. Abrió el shoji, una puerta de papel hecha de cáñamo y arroz

dibujada con tinta china, había un dragón volando sobre un lago celeste rodeado por sakuras. Dentro, la sala colmada de lujos, como sedas, jade y porcelanas chinas, otras fabricadas en Saga, arte chino y japonés bien sectorizado, inciensos indios, armaduras y trofeos de guerra varios, sellos, hilos e insignias de oro y plata, ciertos de ellos eran regalos de colonos portugueses y holandeses. En la sala hay una larga mesa donde los comensales se arrodillan para la ceremonia del té, las flores de lirio, loto y crisantemo blancos, están dentro de canastas de bambú y su pureza conmemora el fallecimiento repentino del emperador Hideyoshi. Encima de aquella baja mesa hay tazas humeantes de té matcha, al lado de las tazas hay rollos sobre filosofía, arte y ciencia china separados pero compartiendo espacio con caligrafía japonesa y emakis para entretenerse mientras se disfruta del arte en las paredes, también libros de anatomía, historia, arquitectura y arte occidental. Los rollos y los manuales son por así decirse, la mixtión del confucianismo y sintoísmo con el empirismo y el cristianismo.

Su marido estaba con el té ya servido, su servidumbre esperaba en el suelo arrodillada como si esperasen un espadazo en la nuca, personalmente, ninguno quiso madrugar para estar allí y esperarle por si el barco se adelantaba. En brevas después de verle entrar con su armadura sucia, hizo una congelación automática de las moléculas del aire a cada paso, resonó a través del kimono de Katsushige la espada enfundada de su mujer que le tocaba el pecho.

-Bienvenida a casa, Runayuka- Dijo Katsushige -.

Respondió a su saludo con su singular barril. Lo cargó por todo el trayecto hasta su marido sin atender a quienes querían ayudarla en esa tarea y lo puso a su lado, este lo abrió con una profunda consternación, esperó un saludo más efusivo por su parte, ya que lleva dos años sin verle ni tocarle. Adentro del barril hay montones de sal, escarbando dentro de ella van emergiendo narices disecadas, cortadas y capturadas en su campaña en aquella isla tan lejana. Todas fueron puestas a medida de puño sobre catorce tablitas de bambú, próximamente le traerán cinco barriles directo desde el frente, ya que por el tamaño de la embarcación no podía traer tanto peso en su camarote. Aquellas fosas, cristalizados con cloruro de sodio hasta disecarse como pasta traen desgracia a quien con apremio quiera poseerlas, por eso deben ser resguardadas en algún número terminado en cuatro, dado que es un número maldito que trae desgracia y ambos maleficios se nulificarán. Cada nariz fue extraída por la servidumbre dentro de aquel salón, las sonrisas cumplidoras no faltaron por los miembros de la familia Nabeshima, las mujeres sonrieron plácidamente frente a los ojos reseco manantes de entre la sal y, a su vez, los hombres con falso orgullo describían las proezas de Runayuka como muestras de su valía.

Tomó la palabra el patriarca Nabeshima Naoshime, dejó de acariciar sus bigotes y enfocó su interés en Runayuka. Te hemos conseguido un chamán nigromante, preparado en la extirpación de maleficios, planearon esas frases durante dos meses. El Chaman Azul, los vientos desde Kioto, como un rumor viviente dicen que su poder para curar es único y sin precedentes, ha sido capaz de sanar a enfermos del rumor chino, leprosos, fertilidad, desquiciados, traumatizados, alunados, retrasados y a los locos de la guerra, claro, si se cumplen sus condiciones económicas y déjenme decirles, no son ajustadas al bolsillo de nadie, él vendrá justo en la caída del sol.

-Como el más sabio del clan, es mi deber hacerte saber que no hay negativa ante esta propuesta Runayuka- Volvió a acariciar su largo bigote-

-Runayuka se quedó mirando a todos, uno a uno, sacudió sus botas y la tierra que de allí caía percutía todo el suelo de madera- Patriarca, aceptaré. Pero he venido desde lejanas tierras por el imperio y hoy, necesito un baño caliente.

Esta petición hizo que todos inconscientemente abandonen su posición sobre sus pantorrillas, apuntaron con sus pies hacia las salidas del salón. Runayuka les interrumpió con su fuerte voz, ya que el baño iba a ser solo para ella, sus palabras fueron como esa gota que finalmente partieron a la gran roca. Rencor absurdo aparecido cuando alguien no cumple recíprocamente con el giri, que es las obligaciones que tiene un individuo con su grupo y deja sin avasallar su ninjo, los deseos propios. Volvieron a sentarse a la orden del patriarca, quien vio venir este barco desde que el puerto se hizo de palos.

-Runayuka. Es momento de que cumplas con tus deberes como una miembro de nuestro clan, más siendo esposa de mi hijo Katsushige, deberías estar dispuesta a suprimir tus bajezas personales en beneficio del beneficio del grupo- La ira naciente en los ojos de Runayuka, le hizo pensar en una nueva forma de convencerla- Combatí como general a la par de Ryuzoji Takanobu contra el clan Otomo, era un mar de soldado contra nuestra pequeña guarnición, imposible era ganarles en un enfrentamiento, por eso decidimos emboscarlos en la noche y conseguimos alzarnos con la victoria. Cuando Takanobu cayó años después, asesinado por el clan Shimazu me convertí en el Señor de Hizen, lo vengué y tras esa venganza le siguieron incontables soldados que con mis manos aniquilé cegado por la ira.

-Naoshime-Ojisan- El viejo patriarca se sonrojó, el tiempo hizo olvidar que solo Runayuka se había ganado el permiso implícito de llamarle abuelo- usted ha de saber mejor que ninguno dentro de mi cuarto, sin ofender a mi amado esposo Katsushige, lo que una general de guerra como somos usted y yo necesitamos, en 1587 usted fue atravesado por

una flecha en su rodilla, para alguien de su talla no había un reemplazo que bien quepa, la única opción fui yo para dirigir en nombre del clan a nuestros hombres. Luego de cumplir mi militancia, solo deseo darme un baño caliente al fin.

-Irrumpió en la conversación uno de los herederos al rango de daimyo, el hermano de Katsushige, Miyamoto Nabeshima- Es usted una mujer insolente, mi padre es Naoshige-Sama! Como puede usted blasfemar con osadía de tal manera a nuestra benevolencia, debería más bien disponerse al servicio de nuestro clan y honrará al nombre de mi hermano, quien ha vivido por usted un calvario defendiéndole de la opinión pública y de las injusticias que trae su pésima actitud en toda Saga. Ha vuelto de Corea con la derrota, usa las narices que ha cortado quien sabe dónde como un premio de consolación ¡Aquí solo debió traer la victoria o que su espada sea traída a estas puertas con el honor que le precede!

Runayuka dispuso de unos segundos para digerir completamente su ira, aquellas mangas de metal envueltas en sangre seca eran raspadas por sus guantes metálicos que le protegen de los filos cortantes, se aseguró de que su arco esté en su espalda, acomodó su casco nerviosamente y dio dos pisotones sin piedad sobre la limpia y suave alfombra roja, engalanaba con belleza al suelo rústico, un sector quedó como un trapo sucio por debajo de sus pies. Acomodó bien su katana en su funda y comenzó a rígidamente aplastar el resto de la pulcra alfombra, hasta medir su pecho con la frente de su cuñado, admiró su nadería altivamente desde su mejor ángulo, su casco no hacía más que empeorar la situación.

-Escupiría en ti, pero hacerlo sobre el tatemaes es más que suficiente. Iré a tomar mi ducha en el agua termal de nuestro jardín, si no te gusta, te invito a ajustar mis armaduras a tu minúsculo cuerpo y des la vida por el imperio-Ahora, refiriéndose al patriarca- Naoshime, luego del baño, ocuparé lo que deba de mi tiempo en mi cita con el chamán marrón, o como se llame.

-¡Detengan esta locura! La muerte del emperador nos ha impresionado a todos por igual, el mundo derrumbó encima nuestro, Corea hizo un milagro, quizás un trato con fuerzas oscuras para vencer a toda nuestra flota, los reportes que el muelle dicen que unos setenta y siete barcos partieron secuencialmente durante el año noventa y ocho, el Consejo de los Cinco Regentes nos comunicó a los clanes más poderosos partícipes de la campaña que toda la flota, contabilizada en más de un centenar de barcos comandados por el imbécil de Takatora, tuvieron apoyo terrestre que iba directo hacia su capital, y aun así, perdimos espantosamente- Tomó algo de aire y retomó su diálogo, frustrado y cansado- Denle a Runayuka una toalla y déjenle bañarse sola, nosotros lo haremos después. Ahora que el emperador ha caído, nuestro apoyo a Ieyasu se eleva

grandemente.

Ecos de metal con fuertes pisadas retumbaron por las paredes finas de madera, su talón era capaz de partir la madera si hubiese querido solo para dejar escapar el vapor, fuera del hogar hay una gran olla de agua que emana vapor hacia el subsuelo del hogar, así se mantiene caliente el suelo durante el otoño y el invierno para caminar descalzos sin problema. Frenó firme en la puerta del jardín a esperar, delante suyo se apareció una figura encorvada con algunos objetos de aseo, tendió su mano al criado que tiene los ojos separados y risueños, Egaoki solo sabía reír, por el contrario, Runayuka solo sabe amedrentar con sus ojos fríos y esquivos, pero Egaoki jamás tuerce su mirada, es tan inocente y puro que no lee malicia en la mirada de nadie, sin más le tendió con su amplia sonrisa un cubo de madera con manija de hierro, una toalla y un jabón de oliva.

-Medio hombre, aléjate de mí vista.

-Te extrañé Runayuka-san, espero la ducha te guste ¡Yo mismo la preparé!- Orgulloso apuntó hacia el vapor de la terma-.

Puf, si, tú mismo preparaste un agua termal, la supuesta educación que Katsushige quiso darle a este engendro no ha tenido éxito alguno. Caminé hasta mitad de camino, donde me desplomé y arrastré mi peso completo hasta una roca de apoyo, con mis manos logré apoyarme encima de ella para mantenerme erguida y deshacerme de cada parte de este infierno.

Para todo guerrero es un gaje común los huesos rotos y las contracturas, el combate extenua a todo su ser y aunque útiles son, las armaduras son la razón primordial. Su intrincada armadura, cada segmento de ella es desplegable y es en sí mismo una pieza única, cada samurái debe saber ensamblarla correctamente previamente al combate, no es sorpresa que ella sepa sentir cada partecilla con su misma piel, pero ahora mismo son un castigo, uno que hizo desgarrar sus músculos en varias ocasiones durante los combates, estriñó sus entrañas sin piedad hasta hacerla susceptible a las diarreas diarias, esta armadura que simboliza su fuerza y poderío es una cámara de tortura de alta complejidad, hace que su cuerpo se fragmente en tantos pedazos su armadura le permita hirviendo sus extremidades a fuego lento en su interior. Arrojó su espada al suelo, apoyó su arco con cuidado sobre el pasto grumoso en su alrededor, desenlazó sus kote, guantes blindados, de los antebrazos, llamado han kote. El sode es la protección del hombro que resalta en la armadura, se raspó con las rocas y cayó con violencia al suelo, el do también cayó y mató a un pequeño bicho hoja. Cuando quince kilos de peso se estrujaron con las violetas, pudo empezar a desplegar las piernas; Suneate, Haidate, Kusazuri, olió el aroma de la terma por unos instantes, y le dejó de interesar cada nombre de la armadura, únicamente recordó tomar su

tanto.

Lentamente su pie derecho, envuelto en agua, se aclimatava a la temperatura del agua volcánica, sus uñas e interóseos relajados por el agua, también causaban decesos incontables en las formidables colonias de hongos verdosos y azules devoradores de su carne. Se dejó entrar en la terma, hasta que sus glúteos rebotaron en el fondo, flotaron desde dentro gusanos y parásitos, ultimadamente hirvieron hasta la lasitud. Sacó de su vaina al tanto, un puñal para un combate a cuerpo a cuerpo, que hoy funcionará de barbero. El calor fue capaz de dilatar sus cicatrices nuevas, cada extremidad brotó su propia sangre siguiendo el vapor y las burbujas vaporosas de aquel baño de inmersión, pero Runayuka no sintió la pérdida de su plasma ni por un momento, con su puñal depiló sus axilas olorosas a humedad, debajo del agua no medía fuerzas para remover el pelambre de su pubis del desespero que traía por hacerlo, se veía en las hebras pegajosas de este como las ladillas peleaban por su vida, caminando entre ellos hacia las raíces del cabello donde antes estaba su piel, mordisqueada por los piojos y atestada de liendres, al contrario de la clemencia entre su queratina solo encontraron sufrimiento ardiente, acompañando en su destino a los gusanos. Prontamente empezaron a brotar algunas porquerías sin hueso de su piel, que se retorcían en aquel repugnante caldo, sabe cuáles son, larvas de escarabajos que nacían de su piel como hilos gruesos de carne, también fueron a parar al fondo íntegramente con los mejunjes entre la ingente variedad de porquerías artrópodos, anélidas y nemátodos.

Ahora, con suma delicadeza y mechón a mechón se deshizo de su larga cabellera infestada con piojos y garrapatas, hundió su cabeza por cinco minutos e iba con sus dedos callosos arrancando los piojos y las garrapatas que todavía peleaban por vivir, sus huevecillos se camuflaron con la caspa que también fue ingente. Cuando finalmente, dejó de caminar la corrupción dentro de su piel, fue que consiguió la paz, la armadura fue un invernadero para estas plagas, ahora mismo, sin el exasperante cosquilleo y mordisqueo que las alimañas propiciaron durante su estadía en Corea, pasó el jabón por todo su cuerpo, su blanca piel desprendía películas negras de suciedad que no soslayaban su emanación, vomitivo olor, su textura era similar al del aceite de pescado y su posible sabor casi hace regurgitar el poco miso transparente ingerido en el barco. Dejó verse granos, y puntos negros en ingentes partes de su piel, que debajo del agua extirpaba violentamente hasta sacarles sangre.

Me caí de mi caballo dentro de una fosa, al instante fui tapada por sangre y carne de hombres y bestias, que aun encima mío seguían pataleando, el sonido de sus herraduras todavía rebota en mi cabeza. No dilucidaba que estaba pasando, pero si escuchaba una lluvia de flechas como nunca había visto, silbaban como pájaros de río, en mi quinta batalla eso me quitó la vida. Dos me alcanzaron, una mi seno izquierdo y la otra en mi pierna, pero no atravesaron mi carne de lado a lado, las nubes tapaban al

sol, llovió un aguacero esa misma noche en Omura. Desperté rodeada con mis compañeros, quienes me sacaron del campo de entre los muertos y curaron mis heridas. Pero desde esa vez y cada vez que me baño brotan de mi interior larvas de escarabajo, son diferentes a las otras plagas que me quito frecuentemente, ya que según dicen quienes se bañan conmigo, solo yo soy capaz de verlas. Pero son para mí, la prueba fehaciente de que estoy muerta desde haría años y solo el emperador y el futuro de Japón me alejan de la putrefacción total.